

Claves de la deconstrucción

MIGUEL ÁNGEL HUAMÁN

I

Entre los filósofos franceses actuales más famosos está sin duda Jacques Derrida, a pesar de ser estrictamente hablando un marginal en la tierra de Descartes y Sartre, dado que nació en Argelia en 1930 y no es cristiano. Ser judío y africano siguen siendo en Europa y no sólo en Francia parámetros de marginación. Sin embargo, su obra ha influido poderosamente en diversos autores de una gran variedad de disciplinas y en diferentes lenguas puesto que sus libros han sido traducidos a muchos idiomas. Prácticamente su influjo se aprecia hoy en día en cualquier escrito dentro de las ciencias humanas o sociales: en los estudios culturales y literarios, en la antropología o la sociología, en la historia o el derecho.

A pesar de ello, no existe un reconocimiento claro en torno a la corriente de pensamiento que ha dado origen Derrida: la deconstrucción. No responde dicho panorama confuso simplemente al estilo oscuro y críptico de los escritos derridianos. La dificultad principal obedece a la naturaleza de los conceptos y argumentos que esgrime su fundador, formado en la tradición filosófica continental, caracterizada por un racionalismo denso y proclive a extensos desarrollos verbales. Introducirnos en la deconstrucción resulta difícil esencialmente porque nos enfrentamos a una perspectiva crítica asistemática, es decir, no se trata de una filosofía ordenada ni de una metodología precisa o técnica analítica definida.

Saber algo de la corriente deconstructiva es tan duro como leer a su padre creador Derrida. Aquel lector que aspire a establecer conceptos claros o ideas simples en la lectura de las obras derridianas se dará cuenta desde las primeras líneas hasta los últimos capítulos de sus escritos de que es una empresa vana. Un factor crucial para dicha frustración radica en que Derrida orienta gran parte de sus razonamientos y análisis en debate con otros pensadores, por lo que en sus libros el proceso de lectura debe descubrir las referencias y comentarios que son aludidos o detallados permanentemente. Es decir, la escritura derridiana sirve como ejemplo de lo que en los estudios literarios denominamos intertextualidad: dialoga con una infinidad de otros textos.

El problema con esta escritura es que exige al lector cierto conocimiento en relación con los pensadores y obras con los que se polemiza o a los que se critica. Si uno no maneja todas esas referencias percibe la obra derridiana como un producto incoherente y confuso. En realidad, quien lee dicha escritura, sin la información previa sobre los libros o autores a los que se menciona indirectamente, tiene la sensación de participar en una conversación entre personas que no conoce y sobre temas que desconoce, por lo que no resulta extraño el juicio negativo.

Asimismo, incide en este panorama el estilo propio de Derrida que tiende a utilizar ciertos juegos retóricos, propios de la tradición crítica francesa, pero acrecentados con una recurrencia casi obsesiva: la paradoja, el neologismo y el juego de palabras. Los escritos derridianos son proclives a formulaciones contradictorias de los problemas, en lugar de una presentación directa y objetiva. También tienen una fascinación por el uso de nuevos términos o palabras que adquieren en su exposición sentidos especiales, como es el caso de la palabra diferencia o *différance*, en francés, la misma que ilustra la tendencia a alterar y modificar las palabras en permanente afán lúdico a que los textos de Derrida nos tienen acostumbrados.

Por otro lado, la deconstrucción como corriente de pensamiento o enfoque crítico no se reduce a la obra de Derrida, aunque se reconoce la tremenda importancia que tiene el fundador de dicho movimiento, pero los posteriores desarrollos ofrecen nuevas y más inquietantes contribuciones que amplían el debate más allá de los

fueros filosóficos. Así, para ofrecer una imagen más idónea de la perspectiva deconstructiva en las ciencias humanas y sociales se hace indispensable incursionar en autores como Paul de Man, Geoffrey Hartman o Harold Bloom y otros más, representantes de lo que se conoce como la Escuela de Yale. Por lo mismo, para una visión completa de lo que es la deconstrucción, resulta un complemento indispensable indagar en torno a los aportes de las corrientes norteamericanas.

En este contexto hay que ubicar este esfuerzo por acercar la perspectiva deconstructiva al lector no especializado. Sólo nos interesa ofrecer nuestra lectura, más que pretender brindar algo, si no imposible, excesivo para el nivel de una cuantas páginas o de un trabajo de divulgación. Conscientes, además, de que un intento más riguroso y extenso probablemente demandaría muchos años de investigación y trabajo, buscamos sólo acercar al lector a esta corriente de pensamiento y despertar en él el interés. Pero es necesario recalcar, derridianamente, que nuestra escritura como cualquier otra es cuestionable, precisamente porque es una lectura y ello incluye también a esta presentación.

Si toda lectura es una interpretación y cada interpretación una violación, porque pretende reducir con violencia lo continuo de la escritura a un sentido, a una teleología, en el caso de la deconstrucción ello se torna aún más evidente. La crítica deconstructiva no sólo dice algo sino también hace algo. Resulta difícil adecuar el conjunto de textos que conforman lo que se ha llamado la deconstrucción al contenido de un discurso o al efecto de una escritura.

Cualquier introducción al ámbito crítico de la corriente inaugurada por Jacques Derrida se presenta como un intento fallido de reducir su pensamiento, sus ideas, a una lectura tradicional y temática, a una exposición sistemática y conceptual. Un ensayo introductorio, en ese sentido, sería un doble acto fallido. Un afán de presentar una ausencia: la anticipación de la representación sin que se haya logrado una presentación. Por ello, a su vez, una presentación es siempre un escrito, una escritura otra que con independencia de lo que dice hace gestos, anticipa huellas cuyo sentido no pertenece a la naturaleza del conjunto de trazos de la retórica discursiva a la que alude o antecede.

¿Qué se espera de una introducción? El imponer, el autorizar, es decir, conferir fuerza de ley a una evaluación, a un orden y anticipar, prevenir, poner sobre aviso contra cualquier error. ¿Uno puede sustraerse a dicha ley? Incluso cuando conscientes del gesto divulgador no se acepte la situación significativa de creer en el valor y la necesidad del texto, nuestro escrito se deja leer o interpretar a través del contenido mismo, más allá de su ruptura o heterogéneo anuncio. Reforzamos el orden aún negándolo. Sólo nos queda el error como dispositivo que torna relativo todo libro y a este ensayo también. Desplazamiento del sistema, corrimiento de lo absoluto a través de una escritura que intenta y falla, ajena al origen, a lo original, al principio de principios.

Tiene entre sus manos, insito lector, un texto hecho de otros textos. Hilvanados por una visión del ojo más farsante, la del docente que, desde el error o la falla, busca contraponer a la visión especular y complaciente que reduce la deconstrucción a una especie de “hippismo crítico” o “escepticismo trasnochado” —en palabras “serias” y “solemnes” de jóvenes estudiantes— un recorrido, un retornar por los propios pasos de una lectura previa y sistemática, asumida como intención comunicativa más que como orden o silencio definitivo.

Intención no de legitimar la institución del discurso sino de recordar que todo orden es simbólico y no real. Deseo de mostrar que no debemos contentarnos con explicar lo que la escritura dice, sino aventurarnos a asumir los riesgos donde la apropiación ya no es posible porque “la deconstrucción no se limita a ser una crítica, sobre todo una crítica teórica, sino que debe desplazar las estructuras institucionales y los modelos sociales”. Bajo esta pedagogía, dentro de ella como dentro de una lengua, este escrito no es lo prescrito sino un dar cuenta de los pliegues y complicaciones de la estructura, porque el tema, su lógica es precisamente lo que “bajo los nombres de ‘huella’, de ‘archi-escritura’, de *différance*, de ‘fármaco’, de ‘suplemento’, de ‘deconstrucción’, etc., excede estructuralmente la presencia o la presentación, la fenomenalidad, la ‘tesis’ (posición, exposición), el tema y el sistema”.

En términos deconstructivos no hay un código determinado y, a su vez, tampoco un léxico cerrado de términos deconstructivos. Las palabras de la deconstrucción no designan conceptos según

el modo del discurso filosófico o el lenguaje ordinario. Hay sólo intenciones que rebasan la univocidad y la equivocidad. Es por ello que el lector debe hacerse cargo de esta cadena abierta de indecibles. Instalará así su propio riesgo y el error como un sentimiento que lo excede.

La deconstrucción propone que toda escritura es una construcción intencional, no la representación de la realidad. La ausencia marca la naturaleza de un texto del mismo modo que su presencia. Es decir, juguemos con una imagen: si con una linterna iluminamos algo en medio de la oscuridad, el haz al mismo tiempo que descubre lo que alumbró oculta lo que permanece oscuro. Está de más recordar que la razón o la escritura y su forma canónica en occidente, el libro o texto, se ha metaforizado siempre bajo la figura de la luz del conocimiento, de la verdad, de la realidad. Pero, lo que llamamos realidad es una selección que deja fuera ciertos aspectos o elementos, su forma es discursiva y no sólo produce presencias de lo que incluye sino ausencias de lo que excluye: huellas, suplementos, diseminaciones.

Al afirmar la escritura como horizonte crítico, el enfoque derridiano cuestiona el mito del texto presente, que el orden simbólico convierte en ideología del texto en cuanto texto. Los textos deben ser deconstruidos porque instauran la metafísica de la presencia, es decir, las ausencias, las diferencias o rasgos constitutivos que aparecen como modos de significar pero que ocultan la existencia misma en general de la interpretación, su violencia, su absolutismo. En ese sentido, este escrito pretende asumir el propio afán crítico de la deconstrucción: el cuestionamiento de la represión interesada en el terreno de las ciencias sociales y humanas.

II

En nuestro ámbito académico y literario, escuchamos cada vez con mayor frecuencia utilizar el término deconstrucción para calificar distintos acercamientos e interpretaciones a los fenómenos sociales, culturales y estéticos. Sin embargo, no resulta fácil encontrar con exactitud qué significa dicha palabra, incluso para quienes suelen recurrir a ella. Algunos prefieren traducir al castellano la expresión francesa *déconstruction* propuesta por Jacques Derrida como

deconstrucción, pero además de hacerla más eufónica a nuestros oídos hispanos, no avanzamos en nada en el intento de reducir la polisemia o multiplicidad de significados que parece incluir.

Así optemos por una u otra denominación —en nuestro caso preferimos el neologismo deconstrucción por emplearse de manera más generalizada—, lo evidente es que la fidelidad o infidelidad hacia el prefijo “des” no atenúa ni soluciona el desconcierto y la confusión que el concepto acarrea entre los investigadores, estudiosos y lectores en general. ¿Qué es la deconstrucción? La interrogante persiste por sobre las muy variadas introducciones y los más serios intentos de explicación.

Este ensayo intenta ofrecer una primera respuesta que sirva a los interesados de todas las disciplinas como una guía de lectura. No pretende agotar ni terminar la discusión sobre la deconstrucción en tanto tendencia crítica en el campo de las ciencias humanas e histórico-sociales. Tampoco busca reducir sus múltiples y heterogéneas posibilidades de desarrollo a un esquema simple y unívoco. Se trata de compartir una línea de interpretación que ante todo busca asir sus aportes más esenciales y ponerlos en diálogo con los interesados, a efectos de lograr una reflexión enriquecedora.

La recepción de la deconstrucción en el ámbito hispanoamericano no está al margen de lo acontecido en otras latitudes. Ha desatado adhesiones y disidencias, elogios e insultos, interés e indiferencia. Nadie puede ocultar que su influencia se ha desarrollado en nuestra tradición crítica y académica por encima de las dificultades para su precisión e incluso gracias a ellas. No sólo es frecuente verla mencionada o asumida en diversos escritos, sino que a pesar de las voces acusadoras o los vituperios existen muchas investigaciones y lecturas que se reclaman deconstructivas.

Más que el recurso a la diatriba o a la caricatura, nuestra respuesta se plantea como el ejercicio atento de una mirada crítica, bajo cuya perspectiva creemos se puede lograr una atinada, personal y válida respuesta a la pregunta de base y a otras posibles. Si dicho objetivo se logra al final de este recorrido, la intención que anima la escritura de este trabajo hallará su plena satisfacción.

Jonathan Culler en un artículo muy socorrido ubica la deconstrucción como “la tendencia mayor del llamado postestructuralismo” (1987/88) y propone superar cierta caricatura en la valora-

ción de lo posestructural —donde también ubica al psicoanálisis—, porque reduce simplistamente su configuración al hecho de que vienen después del estructuralismo y olvida una relación más crítica con sus antecedentes. La mención al texto clásico de Josué Harari, *Estrategias textuales: perspectivas en la crítica postestructuralista* (Cornell University Press, 1979), que adscribe como pensadores de dicha tendencia a quienes antes había colocado en su bibliografía sobre estructuralismo, sólo incide en que generalmente se designa mediante ese término a un cuerpo amorfo de teoría y crítica.

Por ello, para muchos investigadores la inclusión de la deconstrucción dentro de las tendencias críticas denominadas posestructurales es también algo discutible, por la propia naturaleza imprecisa del calificativo. Sin embargo, nosotros asumimos la perspectiva señalada por Culler que ubica la deconstrucción dentro de dicha tendencia posestructural, aunque este último término reconoce que no es conveniente porque “traza líneas que no dejan ver algunas relaciones importantes y reúnen en un burbujón a críticos con enfoques y presupuestos completamente diferentes” (33), pero que es indispensable someterlo a un uso razonable, dado su cada vez mayor actualidad.

Desde nuestra perspectiva, la deconstrucción se ubica junto con corrientes comprensivas como la pragmática, la estética de la recepción y el psicoanálisis. Todas ellas marcan la crisis del modelo lingüístico estructural en el terreno de los estudios literarios y las humanidades. Se caracterizan por poner en debate el significado, la representación y el conocimiento como un sistema cerrado, autónomo y absoluto.

Sin embargo, precisamente porque el imperio del estructuralismo se extendió hacia el campo de otras ciencias histórico-sociales —como la sociología, la antropología, la historia o la economía—, la influencia específica de la deconstrucción abarca al conjunto de la actividad y el pensamiento científico o filosófico. Cuestiona el significado de los textos de cualquier práctica discursiva, literaria o no, por lo que se la adscribe dentro de la llamada posmodernidad.

Aspecto que también desata las “iras santas” de muchos estudiosos que ven en dicha corriente un enemigo ideológico, que pretende ofrecer una ilusión de superación de las contradicciones del proyecto moderno y desnuda un afán de perpetuar la dominación.

Así, la trilogía de lo reaccionario se completa a sus ojos: deconstrucción/ posestructuralismo/ posmodernidad. Un ejemplo típico de esta postura, en el terreno de la teoría literaria, nos lo brinda Antonio García Berrio quien afirma lo siguiente:

Actualmente se ha generalizado en la filosofía mundana del llamado "pensamiento débil o flojo" —en sus casos peores puro pensamiento perezoso—, un estilo de renuncia al rigor como forma más superficial de la desesperanza sobre el alcance absoluto de la verdad. Manifestaciones más profundas de esta moda postmoderna (F. Lyotard, 1984), pero al mismo tiempo causa remota de ella, son los profundos cuestionamientos de la naturaleza unívoca del significado en la revisión de la metafísica de Heidegger. Derrida ha divulgado en el terreno de los estudios literarios la crítica antilogocéntrica contra el significado, radicalizando la exigencia al lenguaje de una legalidad inhumana (J. Derrida, 1967; 1967^a; 1972, 1972^a). Estoy persuadido sin embargo de que todo esto es fruto de una crisis honda pero pasajera. (García Berrio: 1989, p. 47)

Más allá de esta y otras sanciones, la figura y la obra de Jacques Derrida se relacionan directamente con la deconstrucción. De su actividad y de sus ensayos se origina esta corriente crítica capital en la cultura contemporánea en los campos de la filosofía, las ciencias humanas y la teoría de la literatura. Lograr asir la génesis y la formación de sus principios y categorías parece una tarea desafortunada porque la propia escritura derridiana se resiste a su inclusión en un sistema cerrado. ¿Cómo ofrecer, por lo mismo, una introducción a la concepción deconstructiva? ¿Desde qué perspectiva asumir la presentación y el desarrollo de sus aportes? ¿Cuál sería la forma más adecuada de acceder a su conocimiento sin traicionar su peculiar crítica?

La negatividad de la deconstrucción surge como irreductible en primera instancia. A partir de los diversos textos, lecturas, dominios teóricos, métodos, autores que constituyen la significación de la escritura derridiana, aparece como primera opción para su comprensión el enfoque genético, es decir, la lectura de los orígenes o el seguimiento a la vida y a la obra del fundador de la deconstrucción.

Éste es el caso de muchas reseñas biográficas y presentaciones panorámicas, así como lecturas que intentan seguir los propios textos de Derrida. Como ejemplos de esta estrategia aparecen: primero, el libro Jacques Derrida que escribiera Geoffrey Bennington junto con el propio autor y que incluye "Circonfesión" escrito por J. Derrida y "Derridabase" escrito por G. Bennington (Derrida/Bennington, 1991); segundo, las visiones globales tipo Raman Selden (1987) o Fernando Gómez Redondo (1996); y tercero, la muy recomendable lectura (h)errada de Roberto Ferro (1995). La mayor limitación de este tipo de acercamiento centrado en el proceso biobibliográfico es el de sugerir una causalidad externa como origen o factor explicativo de la intencionalidad concreta del proyecto deconstructivo.

Una segunda opción aparece en el enfoque estructural, que pretende ofrecer el sistema general de la deconstrucción y realizar una lectura textual guiada por la idea de una estructura totalitaria dotada de una unidad de sentido interno propuesto como marco universal de su discurso. Nos referimos a trabajos como el de Jonathan Culler (1984) o el de Cristina de Peretti (1989) que ofrecen perspectivas integrales del enfoque derridiano. Paradójicamente, el éxito de esta opción da lugar a una crítica a su vez deconstructiva que niega cualquier afán cerrado y conclusivo que tergiversaría el propio proyecto.

Una tercera opción es ofrecer una selección o compilación de los textos deconstructivos que no se reduzca a la obra derridiana, para dar una imagen más o menos integral de su desarrollo. El texto de Christopher Johnson (1998) constituye un buen ejemplo de esta vía pero, al centrarse en la primera fase del proyecto de Derrida, la teoría de la escritura y el modo de investigación filosófica llamado deconstrucción, da sin querer una imagen sólo filosófica del escritor. El libro de Manuel Asensi (1990) intenta satisfacer dicho requisito de totalidad, mas al circunscribirse al ámbito de la teoría literaria es fácilmente cuestionable desde intereses disciplinarios distintos.

Nos encontramos así que, tomemos el camino que tomemos, no alcanzaremos nuestra meta: ofrecer una idea cabal de la deconstrucción. Ante tal disyuntiva, la duda nos lleva al propio Derrida, donde tal vez encontraremos nuestra propia estrategia de lectura.

En uno de sus primeros trabajos, producto de una conferencia de 1959, leemos lo siguiente:

El tratamiento de una filosofía introduciendo en ella el cuerpo extraño de un debate puede ser eficaz, puede dar o liberar el sentido de un trabajo latente, pero empieza con una agresión y una infidelidad (Derrida: 1989, p. 211).

Podemos aplicar dicha perspectiva y presentar la deconstrucción desde el debate que los ensayos de Derrida han ido abriendo. Ello supone una cierta infidelidad, una agresión a una imagen única y unificada del horizonte deconstructivo; pero, creemos que la mejor manera de introducirnos en su estrategia crítica consiste en traicionar cualquier afán logocéntrico o de verdad absoluta. No pretenderemos, por ende, traducir la deconstrucción en un discurso universal, finito y cerrado; sino negar dicha idea en beneficio de una diversidad infinita y abierta.

Las propuestas posestructurales se caracterizan por ser sistemas abiertos y antitotalitarios. ¿Cómo brindar una visión cerrada y global de cualquiera de ellas? De ahí la gran dificultad que implica el pretender elaborar un texto introductorio a cualquier pensamiento posmoderno. Tenemos que ensayar otras estrategias y suponer que más que existir una obra fija e inmutable, como tantas veces en la historia humana la tentación totalitaria ha pretendido imponer, se trata de una escritura en el sentido derridiano o de un pensamiento en el sentido lacaniano. Ambos se imponen con su existencia a quienes no lo pensaron.

Esta opción acerca nuestra perspectiva a lo que Jean-Claude Milner ha llamado materialismo discursivo: una lectura que en lugar de partir del interior de un objeto para por medio de una composición de leyes generar sus contornos, tal como lo hace un geómetra o un lingüista, proceder por los lados o el exterior y considerar la presencia de objetos vecinos para establecer el modo como la disposición de éstos determina el objeto. Así se puede proceder frente a pensamientos tipo río o de desborde, que desplazan y erosionan los muros o fronteras pero que permiten percibir la matriz dialéctica de la tierra en que se asientan. Romper, en suma, los aparentes sólidos vínculos que creemos nos ligan a lo real.

Obviamente que se parte de un supuesto, ¿es posible no hacerlo? En este caso: que hay pensamiento en Derrida, como en los

escritos de Freud, Lacan, Peirce, Heidegger, Nietzsche, Husserl y un largo etcétera. Que no es lo mismo que intentar esclarecerlo, presentarlo o resumirlo; formas sutiles de anquilosar, domesticar o negar un pensamiento. Buscaremos aplicar constantemente Derrida a Derrida para evidenciar la existencia más que de un pensamiento derridiano de una escritura derridiana, porque estamos convencidos de que ésta no se reduce a una obra. De ahí que no nos preocupe revisar toda la obra de Derrida o pretender ser obsesivamente exhaustivos, basta con identificar, problematizar y operar con algunas propiedades o posibilidades de dicho pensamiento e intentar ampliar nuestra visión con algunos de sus seguidores. Ello justifica la lógica de nuestra exposición.

III

La confusión en torno a la deconstrucción resulta en muchos casos consecuencia de la absoluta naturalidad con que se asume la postura epistemológica tradicional. Muchos investigadores forjados en lo más acendrado del positivismo o el empirismo tienen una idea gaseosa de lo que constituye el debate y la crítica que el enfoque deconstructivo ha introducido en el campo de las ciencias sociales y humanas.

En el mejor de los casos, suponen que viene a ser lo contrario del construccionismo o una suerte de desmontaje de algunas ideas, tal vez hasta un análisis de los significados desde su etimología hasta sus fundamentos. Ubican la deconstrucción en un terreno indefinido entre la filosofía y la retórica, y cuando llegan a sus manos estudios sobre género, la marginalidad u otredad, sin tener un conocimiento mínimo de su propuesta la califican rápidamente de subjetivismo y escepticismo, ideológicamente reaccionaria.

Por supuesto, no se percatan que ellos se ubican jerárquicamente en una posición que establece el predominio natural de ciertos términos con los que se identifican: objetivismo, ciencia, razón, verdad, revolucionario, etc. Recuerdo a un colega de ciencias sociales que juzgaba todo el proceso de constitución de la disciplina sociológica con el criterio de dividir a los distintos pensadores entre subjetivistas y objetivistas. Obviamente autores como

Weber, Berger, Schutz o Bordieu forman parte de los primeros y Comte, Marx, Parsons o Harris de los segundos.

Muchas veces se sigue asumiendo la misma epistemología, es decir, una idéntica fundamentación del conocimiento aunque la terminología haya cambiado. Esta gruesa categorización, excesivamente simple para captar la diversidad y pluralidad de los procesos sociales o culturales, viene a ser lo mismo que la antigua polaridad que los marxistas vulgares utilizaban en el análisis social: idealistas y materialistas.

Entre los pensadores cuya influencia es detectable en Jacques Derrida hay que incluir a Edmund Husserl. La corriente fenomenológica que inaugura este filósofo constituye una de las fuentes fundadoras de las actuales ciencias humanas. Éstas nacieron de la crisis conjunta del positivismo y del historicismo que dominaron la investigación en el siglo XIX. La lectura derridiana abona a favor del papel desempeñado por el autor de *Investigaciones Lógicas* en esa ruptura crucial.

“Hablaré, pues, de una letra”. Así, Jacques Derrida da inicio al artículo “La Différance” y con él comienza la historia de esa palabra o concepto capital para la deconstrucción. ¿Cómo realizar en castellano el juego de grafías, la permutación de sentidos y la transgresión de la escritura que subyace al uso del francés? ¿Qué debemos entender por dicho término? ¿Cómo dar a conocer su intención crítica en lengua española? ¿Cuál es su importancia? Hagamos una traición que siga las huellas del texto originario y paralelamente intente traducir a nuestro idioma su voluntad subversiva.

En principio, señalemos que el trabajo publicado por *Tel Quel* es la transcripción de una conferencia pronunciada por Derrida en la Sociedad Francesa de Filosofía, el 27 de enero de 1968. Dos preguntas brotan casi simultáneamente al respecto: a) ¿Era consciente del doble juego entre oralidad y escritura que lo atraviesa? b) ¿Creía que para la gestación de una perspectiva deconstructiva resultaba indiferente la propia lengua? Indicamos ambas interrogantes y las dejamos como líneas críticas, en suspenso o atención flotante, para retomarlas en los momentos oportunos.

Hubo varias opciones para intentar la versión castellana de la palabra *différance* que se pronuncia en francés igual que “*différence*”, pero cuyos significados difieren entre sí. La palabra

con la letra “a”, creada por Derrida como nuevo concepto filosófico, se ha traducido por “diferancia” o “diferencia”, entre comillas o cursivas para marcar un sentido distinto al tradicional; pero, mayormente se ha optado por dejar la palabra en su forma original, sin traducir. En ambos casos el significado se pierde o extra-
 vía en el vacío, sin recoger la intencionalidad de base como aclararemos a continuación.

En la alternativa que traduce el nuevo concepto por “diferancia” se respeta el cambio de las vocales “e” por “a” como en francés, lo que indica una actitud literal, pero frente a la otra palabra —diferencia— se pierde el que suenen iguales, que es la base para que Derrida oponga lo escrito a lo oral. Es decir, la grafía se escribe o se lee pero no se oye. Algo semejante ocurre cuando se opta por mantener la palabra tal como aparece en francés, donde definitivamente la palabra creada representa la totalidad del idioma extraño que se apropia no sólo del sonido sino de la escritura y la lectura.

Todo ello nos da ocasión de mostrar la propia huella jerárquica que conlleva dicha operación, en la medida que la lengua aparentemente más oficiosa y prestigiosa en el terreno cultural (filosófico y literario) se impone sobre la otra, precisamente en la incapacidad de traicionar o traducir un sentido, no el sentido. No ocurre lo mismo con la palabra que incluye la letra “e”, que se traduce de manera normal y corriente, sin ningún tipo de dudas ni problemas como “diferencia”. Entonces, el esquema con que se opera es:

<u>Vocal</u>	<u>Sonido propio</u>	<u>Francés</u>	<u>Castellano</u>	<u>Lengua dominante</u>
Consonante	Sonido impropio	Español	Cast. peruano	Lengua dominada

Nosotros hemos optado por un doble juego: *différance* para nosotros es diferencia, pero también deferencia, en castellano estándar y andino respectivamente. Ambas enfrentadas a diferencia. La diferencia es una deferencia como intentaremos hacer ver y no sólo oír. Aunque para no confundir dejemos esta observación aquí, para retomarla después, y prosigamos con la línea expositiva del propio Derrida en su artículo. Pero formalicemos nuestra última observación:

<u>Différence</u>	<u>Diferencia</u>	<u>Diferencia</u>	<u>Diferencia</u>	<u>Diferencia</u>	<u>Castizo</u>
Différance	Diferancia	Différance	Diferenzia	Deferencia	Andino

La estrategia de Derrida surge cuando opta por cometer “una gran falta de ortografía a causa de la transgresión de la ortodoxia que rige la escritura, de la ley que regula lo escrito y lo contiene en sus convenciones” (49). Pero, lo singular aparece cuando la traducción al castellano intenta asir el afán subversor de “la primera letra” introducida. Voluntad de rebeldía en dos sentidos: primera letra del abecedario y primera letra que rompe la ley de la escritura.

Al contrario del francés, diferencia y diferancia se escriben y se escuchan por lo que pierden cualquier efectividad crítica. Algo peor ocurre cuando se utiliza el término francés, donde se refuerza la hegemonía y el prestigio intelectual de esa lengua en detrimento de la española. Si usamos la alternativa diferencia, que se escribe y se lee pero no se oye, nos encontramos con una línea subversora semejante. Dado que en castellano los dos sonidos, el de “z” y el de “c”, pertenecen al mismo fonema y por ende son alófonos.

Ello produce una peculiar paradoja, dado que en castellano el tema de la diferencia, palabra o concepto que pretende imponer un desarreglo gráfico, implica “hablar” de una letra, no la primera sino la última, no una vocal sino una consonante. Con lo que tenemos que recordar la distinción esencial que en el orden de la lengua se hace entre vocal y consonante: la primera con sonido propio y la segunda con sonido impropio. A contracorriente de las visiones que niegan cualquier alteración o diferencia en este juego deconstructivo de cambiar una “e” por una “a”, una palabra española por una francesa, el paso de la “c” a la “z” implica, sobre todo para los españoles de España y su castellano castizo algo más.

Mientras que en francés el sonido mudo de la “a”, en différence que suena igual que différence, la vuelve consonante. En castellano castizo, donde la pronunciación de la “z” adquiere un sonido propio, de ahí el afamado seseo español, ésta se vuelve funcionalmente una vocal, con lo que la operación subversiva se muestra en su dimensión. Rasgo que en el castellano andino, con su fuerte sustrato quechua, se manifestará en toda su capacidad crítica y deconstructiva. Pero antes de precisarlo establezcamos con claridad este doble juego, francés y español.

En castellano, la primera letra se vuelve la última; la vocal francesa que se vuelve consonante deviene en español la consonante que se vuelve vocal. La traducción o la lectura paradójica parece anunciar que la correcta deconstrucción tiene que invertir la marginalidad de España frente a Francia en el terreno intelectual, filosófico y cultural. Con lo que hemos realizado la primera parte de la meta, la traducción de esa intervención gráfica derridiana. Nos queda una segunda: nuestra voluntad peruana.

En la conferencial, Derrida se vio obligado a referirse a la escritura tuvo, pues, que manejar la competencia de sus oyentes frente al texto escrito. La transcripción publicada por Tel Quel conserva aún esas marcas como partes constitutivas de su sentido. ¿Cuánto de ello marca a su vez la propia perspectiva deconstructiva? Eso es algo que intentaremos trabajar más adelante. Nosotros haremos uso de una competencia en nuestros lectores, no precisamente referida a lo escrito sino a lo oral.

En el castellano andino del Perú, la presencia del quechua como lengua de sustrato ha generado que exista una indistinción entre la "e" y la "i". Para muchos peruanos de origen andino o de ascendencia andina, el hecho de que en la lengua quechua no haya existido más vocales que "i", "u" y "a" ha generado que con la invasión española las nuevas vocales fuertes introducidas "o" y "e" se pronuncien en muchos casos en forma indistinta. Así, se oye en nuestros hablantes andinos: "tingo" por "tengo", "neña" por "niña" y "ostí" por "usted".

Un breve ejemplo literario tomado de Arguedas tal vez pueda ilustrar esta extraordinaria y permanente negación de la diglosia quechua/español que imprime un sello indeleble a nuestra cultura: "¡Comunista, comunista! diciendo subprefecto, polecías, vecinos rabiosos, ingenieros." Existen, asimismo, infinidad de chistes que aluden directamente a esta presencia de la lengua de sustrato; por ejemplo, uno en el que un criollo violador escucha gritar a la muchacha andina, que tiene el dedo aplastado y él no sabe: "Medido" y se burla diciéndole que nada de "medido", que ya lo tiene todo adentro.

En ese sentido proponemos deferencia, que en el castellano andino se escribe o se lee pero no se oye. Donde resulta que la ambigüedad e/i convierte esas vocales en consonantes. Operación

conceptual o palabra que en el interior de una escritura fonética instaaura una subversión: lo dominante (vocal) deviene dominada (consonante) y reafirma la deconstrucción del orden del signo lingüístico.

Por otro lado, nos encontramos en torno al tema, sobre la base de los análisis realizados con aparatos electroacústicos de alta fidelidad y tecnología, que se ha demostrado que un mismo sonido —por ejemplo el fonema “a”—, se pronuncia en cada ocasión de forma distinta. La siguiente cita permite aclarar aún más el punto:

Los sonidos del habla no son segmentos independientes entre sí. La vocal que viene a continuación puede reconocerse desde el momento en que empieza a emitirse la consonante; a su vez, la consonante precedente también puede identificarse al empezar a pronunciarse la vocal. No hay ningún punto en el que podamos trazar una línea y decir que todo lo que queda a su izquierda es una consonante pura, en tanto que lo de la derecha es una vocal pura. Algunos científicos dedicados a la investigación del habla, a partir de estos resultados (que son sólo un ejemplo entre muchos), han sacado la conclusión de que la unidad de la segmentación apropiada para estudiar el habla es la sílaba y no el fonema. Cada sílaba posee una vocal; las consonantes no serían más que distintas formas de emitir las vocales (Miller: 1985: pp. 75, 76).

Así, la opción crítica propuesta por Derrida adquiere plena vigencia, traicionando la oculta e invisible hegemonía que la propia lengua castellana impone a la realidad multiglósica de nuestra nación. Ello no incumbe al castellano exclusivamente, sino también a otras realidades lingüísticas y en general a cualquier otro lugar donde la contradicción entre lengua y habla sea pertinente. A pesar de la naturalidad con que asumimos la lengua como sistema o estructura social, lo cierto es que sus diferencias constitutivas son, además de arbitrarias, absolutamente inconsistentes. En esta presencia inmutable y absolutista radica el secreto de la domesticación de la conciencia que todo sistema comunicativo esconde.

En este punto tal vez crucial, la interrogante sobre la validez de la operación desarrollada se hace inevitable: ¿encuentra respaldo esta diferencia/deferencia desde la propia línea deconstruccionista del artículo/conferencia derridiana? ¿Se puede respaldar y refrendar como estrategia de deconstrucción propia? Ocasión que nos permite recuperar al propio Derrida, cuyo seguimiento había sido

relegado a lo paratextual, y en lugar de ubicarlo en una nota al pie de página lo citamos formalmente:

Deseo subrayar que la eficacia de la temática sobre la *différance* puede perfectamente prestarse por sí misma o a su reemplazamiento, o, por lo menos, a su encadenamiento en una cadena que, en verdad, la temática nunca habría mandado (54).

Lo universal de la propuesta derridiana no radica en su peculiar condición lingüística o discursiva, tampoco en cierta naturaleza ontológica que se desprendería de su verdad; sino en una actividad que trasunta una actitud crítica pasible de ser asumida independientemente de la lengua desde la cual fue enunciada. No se puede traducir a Derrida, hay que traicionar la propia idea de una fidelidad o acatamiento a su *différance*.

Ello nos lleva a seguir su propia metodología, una estrategia para hablar de algo que no puede exponerse: trazar el haz o el gráfico de la deferencia, hablar de la indistinción e/i a través de un análisis semántico fácil y aproximativo que nos conduzca al fondo de la cuestión. Aunque la aventura nos lleve, quizá, a otros predios no precisamente a disputas entre filosofía y literatura, sino entre ésta y otro discurso. Dado que la deferencia —como la *différance*—, escapa a la vista y al oído, se sostienen en un extraño espacio entre palabra y escritura, pues no pertenece ni a la voz ni a la letra.

En este punto retomamos nuestra inicial duda en relación con la traducción o empleo de *diferancia* o *différance*. Habíamos indicado que en ambos casos el significado se perdía o extraviaba en el vacío, sin recoger la intencionalidad de base; pero, ¿ello no supone otorgar a la palabra o al concepto un ser propio, una presencia o un presente? No, porque en la manifestación en un determinado presente de nuestra *diferencia/deferencia* se cumple el mismo principio que Derrida esboza para su *différance*: no pretende buscar un comienzo de derecho, un punto de partida absoluto, ni señalar una responsabilidad principal. Sólo traza un trazo del trazo.

Nuestra *diferencia/deferencia* como errar empírico asume sin preámbulos su naturaleza de juego. Defiende la posibilidad de una explicación ontológica implícita en su noción, cuya fuente nutricia es una epistemología posmoderna cuestionadora del representa-

cionismo ingenuo. Sólo que en nuestro ámbito de acción e influencia, lo que está en debate no son los límites entre la filosofía y la literatura sino entre ésta y la historia, correlato de que la verdad moderna llegara a nuestras tierras no de la mano de la empiria sino del logos. En realidad todo es juego y, como en él, se nos va la vida sin que podamos asir lo real o nos demos cuenta.

La perspectiva derridiana reivindica el juego en consonancia con Heidegger, Gadamer y Wittgenstein. Nuestra lectura, aunque reconoce las contribuciones de dichos autores, asume lo lúdico o lúdico como lugar de enunciación en la tradición propia, en nuestra escritura peruana y latinoamericana. Desde ese locus, que no por azar califica y legitima para cierta dinastía la existencia de la literatura en pugna con la historia, pero niega el discurso filosófico y científico, escribimos y no sólo hablamos.

Llegados a esta fase, antes de proseguir, nos resulta necesario remitirnos al Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia Española, Madrid, en cuya decimonovena edición de 1970 leemos los siguientes términos:

diferencia. (De lat. differentía.) f. Cualidad o accidente por el cual una cosa se distingue de otra.// 2. Variedad entre cosas de una misma especie.// 3. Controversia, disensión u oposición de dos o más personas entre sí.

diferir. (Del lat. differre) tr. Dilatar, retardar o suspender la ejecución de una cosa.// intr. Distinguirse una cosa de otra o ser diferente y de distinta o contrarias cualidades.

deferencia. (Del lat. deférens, -entis, deferente) f. Adhesión al dictamen o proceder ajeno, por respeto o por excesiva moderación.// 2. Muestra de respeto o de cortesía.

deferente. (Del lat. deférens, -entis, p.a. de deferre, conceder.) adj. Que defiere al dictamen ajeno, sin querer sostener el suyo.// 2. fig. Respetuoso, cortés.

Si Derrida en su análisis semántico distingue entre la temporización y el espaciamento, para mostrar que la palabra *différence* no remite a ninguna, pero que en ese vacío juega y actúa su *différance*, que remite al juego de toda significación y su contexto;

nosotros podemos establecer la falla, el lapsus, el vacío semántico en relación con nuestra diferencia/deferencia e intentar designar, denunciar, a la vez la causalidad constituyente, productora y originaria de nuestro logocentrismo. Pero, antes de seguir, definamos qué entendemos por este término, explicación que aunque limitada permitirá comprender la pertinencia de la operación crítica que estamos realizando en torno a una palabra.

El logocentrismo es una creencia cultural incorporada a nuestra manera de ver las cosas que considera que el orden que existe en nuestras representaciones no se puede cuestionar. Presupone una presencia tras el lenguaje, un compromiso ontológico, que garantiza la estabilidad de los procesos, la simetría del universo y la regularidad de los fenómenos. Gracias a este mecanismo confiamos en que tras las palabras habla, se manifiesta la razón o verdad universal porque estamos seguros de que la escritura es el vehículo fiable para transmitir información, comunicar ideas y emociones. Lamentablemente en la experiencia los fenómenos inestables o disipativos son hegemónicos, el universo no es simétrico sino caótico y lo constante es lo aleatorio o azaroso. Hecha la aclaración, volvamos a nuestra reflexión.

Entres los cuatro términos apreciamos una interesante relación: "diferencia" se adscribe al ámbito espacial en el que se distingue una cosa de otra, pero también alude en su tercera acepción al acto de disensión u oposición entre personas, que por lógica ya se produjo y pertenece por lo mismo al ámbito temporal. Su contrario viene a ser "diferir" como verbo transitivo que supone el acto de postergar una cosa, pero en su segunda acepción como verbo intransitivo tiene sentido parecido al de diferencia en su primera acepción. Hay un doble juego entre ambos términos que podemos graficar así:

SISTEMA LOGOCÉNTRICO ESPAÑOL

- | | |
|-------------------------------|-----------------------------|
| A. Diferencia (Cosas) Espacio | B. Diferencia (Acto) Tiempo |
| C. Diferir (Acto) Tiempo | D. Diferir (Cosas) Espacio |

¿Qué las ordena jerárquicamente de manera que "diferencia" se asuma más como espacial y "diferir" más como temporal, aunque

ambas palabras podrían invertir sus primeras acepciones? Tal vez la explicitación del otro par de términos nos permita responder a la interrogante.

“Deferencia” se adscribe al ámbito temporal al establecer el acto de adhesión como posterior al un suceso previo, pero en su segunda acepción también alude a lo espacial en tanto muestra de dicho acto. “Deferente”, sin ser contrario está en relación de contrariedad porque en su primera acepción precisa en el sentido espacial al sujeto del acto de adhesión como objeto o cosa, pero en su segunda acepción en sentido temporal alude al que ha realizado dicho acto y es calificado por ende de cortés y respetuoso. Existe por lo mismo un nuevo doble juego que graficamos así:

SISTEMA LOGOCÉNTRICO ANDINO

A'. Deferencia(Acto) Tiempo	B'. Deferencia (Cosa) Espacio
C'. Deferente(Cosa) Espacio	D'. Deferente (Acto) Tiempo

¿Qué tenemos finalmente? Una relación especular que podemos unificar para obtener un esquema integrado:

Diferencia A /Deferente C' (Cosa) Espacio	Deferente D' /Diferencia B (Acto) Tiempo
Diferir C /Deferencia A' (Acto) Tiempo	Deferencia B' /Diferir D (Cosa) Espacio

Finalmente, podemos simplificar los elementos reiterados y establecer las relaciones lógicas esenciales para obtener el siguiente cuadrado semiótico:

SISTEMA LOGOCÉNTRICO OCCIDENTAL

Diferencia/Deferente	Deferente/Diferencia
ESPACIO	TIEMPO
-----	-----
TIEMPO	ESPACIO
Diferir /Deferencia	Deferencia/Diferir

SISTEMA LOGOCÉNTRICO NO-OCCIDENTAL

¿Cómo leemos esta interesante constatación que nos ofrece la formalización semiótica? Tras las traducciones del término diferencia y la difusión de la propia deconstrucción como corriente del pensamiento se oculta una relación de dominación y hegemonía cultural de occidente. Incorporar el juego de la escritura dominante (uso del vocablo francés o el castellano) a la práctica interpretativa sólo refuerza dicha dominación al volver invisible, a través de la escritura (logos), la propia subordinación de lo otro, la alteridad, la diferencia (de etnia, de género, de lengua, de cultura, etc.) que termina otra vez asignada a un no-tiempo y un no-espacio. Existe un sistema logocéntrico específico en las sociedades y culturas periféricas o marginales que muchas veces el empleo de la fraseología deconstructiva pretende ignorar.

A contrapelo de la difusión y la moda de la terminología deconstructiva, muchos usos de la *différance*, diferencia o diferencia sirven para renovar la propia estructura de dominación cultural y social. No todos los que rechazan dichas modas son reaccionarios o conservadores ni todos los que la aplauden son revolucionarios o innovadores. Más aún cuando en lugar de usar dichas estrategias para evidenciar postergaciones o marginaciones sólo se pretende representar al otro o a la alteridad para ubicarse como nuevo amo. Sin una desconfianza radical en nuestro aparato epistemológico y una confianza relativa en su dependencia intersubjetiva la postura deconstructiva deviene epidérmica, dogmática y autoritaria.

Detrás de la ilusión de haber roto con las ataduras del sistema opresor, sin alterar la situación de postergación y marginación que acarrea, descubrimos la paradoja de la propia actividad científica e intelectual. El predominio de la filosofía y la ciencia occidentales en nuestra tradición académica que a pesar del uso de terminología o metalenguajes procedentes de autores europeos o norteamericanos sigue considerando la labor científica o crítico-reflexiva en nuestro espacio mera literatura o que declara inexistente algunos disciplinas humanistas como los estudios literarios.

La Historia de la humanidad escrita por el episteme del capitalismo y la modernidad occidental puede ser cuestionada más que por una postura deconstructiva por una actividad deconstructiva que implica prácticas de lectura crítica, diálogos abiertos y la reivindicación de lo distinto. La deconstrucción como corriente

interpretativa en las humanidades debe denunciar la deferencia en todos los ámbitos de nuestra actividad. Ella está unida a prácticas logocéntricas específicas como la crítica del susto, la tradición del ninguneo y la matriz caudillista o autoritaria de las panacas, clanes o sectas de nuestra formación social. Ellas son las que hace de nuestro proceso una Istoría y una deferencia. Esta es la invitación que la deconstrucción hace en el terreno de las humanidades y es conveniente prestarle oídos, salvo que se crea en lo universal de la ciencia, la literatura, la verdad, la objetividad, el hombre o dios.

IV

Con el término deconstrucción ocurre algo paradójico. Cada vez más estudiosos o investigadores de las ciencias más diversas lo utilizan y cada vez se sabe menos sobre él. Si hiciéramos una encuesta entre ellos y les preguntáramos qué es la deconstrucción, nadie probablemente nos podría dar una respuesta clara y precisa. A pesar de ello, los libros, ensayos y artículos sobre esta corriente del pensamiento posmoderno se incrementan día a día. Sólo en castellano la bibliografía sobre el tema es inmensa y el interés por esta tendencia crítica aumenta constantemente.

Este crecimiento inusual ubica a la deconstrucción entre las corrientes más importantes de la investigación histórico-social y humanística del naciente siglo *xxi*. Algo sorprendente si reconocemos, como la mayoría de especialistas, que no es una teoría científica, carece de especificidad metodológica y no posee un objeto propio. Es decir, el movimiento deconstructivo parece un gran agujero negro que atrae ilimitada materia en medio de nuestro universo conceptual y no sabemos nada sobre su finalidad o destino. Aunque, otra vez paradójicamente, sabemos que tiene un origen fechado en forma exacta. A diferencia de muchas tendencias afamadas de la investigación científica cuyo inicio se desconoce, la deconstrucción tiene una fecha de nacimiento: octubre de 1966.

En esos días, la John Hopkins University organizó un coloquio sobre "Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre", en el que participaron destacados investigadores como George Poulet, Lucien Goldmann, Tzvetan Todorov, Roland Barthes, Jacques

Lacan y Claude Lévi-Strauss. Era un certamen que pretendía acercar dos tradiciones críticas: la empirista angloamericana y la racionalista francesa. Asimismo, era la introducción del estructuralismo en el debate académico norteamericano. Participaba un joven crítico francés de origen argelino conocido por sus trabajos en torno a Husserl: Jacques Derrida. Éste dio lectura a su ponencia "Estructura, signo y juego en el discurso de las ciencias humanas", texto que constituye el acta de fundación de la deconstrucción.

La mención al discurso en el título de la célebre participación nos ofrece una posible pista para la explicación de la gran difusión de la deconstrucción en ámbitos muy distantes a los de sus comienzos en el terreno filosófico. En realidad se trata de una estrategia de lectura de los discursos y una crítica de sus fundamentos analíticos. En tal sentido, constituye su dominio de acción todas las prácticas discursivas, no sólo las filosóficas, literarias o lingüísticas. Parece innecesario recordar que la actividad científica es también una práctica discursiva. Todas las disciplinas científicas, no exclusivamente las que abordan problemas histórico-sociales o humanísticos, son fundamentalmente prácticas discursivas.

La extensión de la perspectiva deconstructiva hacia ámbitos disciplinarios como la física, la química o las matemáticas ha sido motivo de un cuestionamiento radical sobre su pertinencia y validez. El ejemplo más notorio de dicha actitud es el libro de Sokal y Bricmont (1999) en el marco de lo que C.P. Snow ha llamado "las dos culturas" (cultura de las ciencias frente a humanidades o "letras"). Estos científicos reconocidos se dedican a desmitificar a nombres prestigiosos de la filosofía, autores oscuros y supuestamente "profundos", difíciles de entender, como Lacan, Kristeva o Braudillard. Derrida y la deconstrucción también son víctimas de dicha "broma".

Estos autores pretenden denunciar que famosos intelectuales posmodernos han hecho reiteradamente un empleo abusivo de diversos conceptos y términos científicos, al utilizar ideas sacadas por completo de contexto, sin justificar en lo más mínimo ese procedimiento. Así, han sorprendido a sus lectores no científicos con términos propios del metalenguaje de las ciencias empírico-experimentales, sin preocuparse para nada de si resultan pertinentes, ni siquiera de si tienen sentido.

El inicio del libro es un artículo publicado en la revista *Social Text*, que parodia el tipo de trabajo habitual en medios posmodernos. La farsa fue revelada más tarde, y se armó un tremendo escándalo, sobre todo porque las citas utilizadas como asidero textual de ostentosas afirmaciones eran todas ellas ciertas, y procedían de lo más prestigioso de la filosofía francesa actual. Cuando lectores legos en ciencias leían dicho material, lo creían ciegamente sin percibir lo absurdo de lo afirmado. Sin duda, la deconstrucción ha abonado el terreno polémico de confrontación entre una epistemología moderna y posmoderna, aunque para asumir una perspectiva deconstructiva en el campo de las llamadas ciencias exactas otros trabajos, como los de Prigogine, Briggs y Peat, Watzlawick, Woolgar, etc., son más convenientes.

En la perspectiva actual de la literaturología o de los estudios literarios la actividad crítica deconstructiva puede entenderse como un enfoque interpretativo que busca enfrentar en los conceptos, métodos o modelos utilizados el automatismo en su aplicación. Por lo mismo, intenta poner en evidencia la tendencia —generalmente involuntaria— de fijar el análisis, la interpretación o la lectura como un sistema lineal y cerrado que termina por aniquilar las posibilidades creativas. Esta labor de comprensión hermenéutica, que ubica en una posición relativa los instrumentos cognitivos y cuestiona el metalenguaje empleado, deviene esencial para reducir la tentación autoritaria o la fascinación cientificista en las prácticas de conocimiento, institucionalizadas o corporativas, al defender la libertad de pensamiento.

Por ello, una lectura deconstructiva debe de centrar su atención en las paradojas, ambigüedades, ironías, silencios, antinomias, alegorías, coincidencias, etc., de los discursos. Es decir, la labor de análisis debe orientarse hacia un conjunto de aspectos, rasgos o elementos antiguamente considerados subjetivos o azarosos. La deconstrucción es una invitación a invertir la jerarquía de nuestra percepción y valoración que han terminado convertidas en costumbre intelectual.

Un programa mínimo de trabajo para una lectura deconstructiva del fenómeno literario incluye poner en cuestión la definición de literatura, el debatir la distinción entre los usos literarios y no-literarios del lenguaje, problematizar la diferencia entre

las formas artísticas literarias y la no-verbales, suspender el privilegio de lo verbal frente a lo no-verbal, abordar las limitaciones taxonómicas de los géneros literarios y las reglas normativas que acarrearán. En resumen: proponer e intentar una fenomenología de la actividad literaria como escritura autónoma que no interrelacione lo estético con otras prácticas a partir de criterios valorativos o referenciales.

En el terreno de la teoría literaria, la deconstrucción se incluye en un horizonte teórico posmoderno que, vía la subjetividad y la reivindicación de lo lúdico, ofrece elementos para una crítica radical de cualquier uso realista ingenuo, instrumental e institucional de lo literario. Todos estos elementos como líneas de lectura son denominados, de acuerdo a un término usado frecuentemente entre los físicos o matemáticos de la Teoría del Caos, como los koans. Una manera de precisar la metodología deconstructiva es afirmar que la deconstrucción busca en los textos los koans.

¿Qué es un "koan"? Esta pregunta en sí misma es un "koan", porque no se puede contestar o entender por la vía racional o intelectual. En el lenguaje lógico del raciocinio se podría decir que intentar describirlo resulta inútil y de poder representarlo devendrá inútil. Términos como paradoja, contradicción, irreal pueden asumirlo pero sólo para que éste se comporte como algo opuesto, claro o preciso. Sin embargo, las personas persisten y quieren que se les responda: ¿qué es un "koan"? ¿Es una expresión directa de nuestra mente verdadera y por lo tanto forma parte de los medios para despertar? ¿Alternativamente será, como han dicho, una estructuración dual de la práctica? ¿O un simple juego tomado de la terminología del budismo o taoísmo? ¿Un remedo de filosofía oriental que incide en la crisis axiológica de la sociedad occidental? ¿Será un término metafísico proveniente de la filosofía del Zen?

Un koan es literalmente un precedente que fija el expediente del conocimiento, o como lo precisa un dicho de la filosofía Zen: "es el lugar donde está la verdad". Pero, la verdad en la filosofía oriental no es una cosa o un objeto que uno encuentra. Su concepción en torno a ella se asemeja a la visión de la nueva epistemología de la ciencia que entiende que lo que llamamos verdad es una construcción, en constante cambio y movimiento. En otras palabras, un sistema no-lineal de autoorganización cuya complejidad

e inestabilidad hace que cualquier intento de fijación resulte imposible. Desde esa perspectiva la experiencia literaria como lectura es un evento o fenómeno más parecido a las turbulentas aguas de un río, las variaciones del clima o la colisión entre partículas atómicas. Estos acontecimientos nos llevan al límite del pensamiento lógico, racional y ordenado. Obligan a nuestras mentes a moverse en espiral y a realizar repeticiones lógicas mientras intentamos resolver el problema. Sin embargo, puede que no haya solución desde el contexto en el que están enmarcados.

Por ello, para la deconstrucción, una redefinición de la función de la crítica indica que ella debe encontrar los koans. Éstos nos dicen algo que falta, algo que está incompleto en nuestra lectura, acerca de nuestro concepto del texto o de la realidad. Sin embargo, el solo hecho de que pensemos en tales paradojas significa que somos superiores al sistema conceptual que hemos creado; nos dicen que nosotros somos la información ausente que hemos estado buscando. La crítica deconstructiva se enfrentan a nuestro deseo de dividir el mundo en dualidades, de colocar los conceptos en sus categorías adecuadas y después levantar fronteras a su alrededor.

La deconstrucción como actividad comprensiva o praxis interpretativa busca crear el caos mental necesario para la creatividad, en el cual nuestra mente cambie y autoorganice su percepción de la realidad de otra manera. Inevitablemente dicha labor acarrea la crisis de nuestro modo de pensar o conceptuar un fenómeno, a veces en forma tan extrema y profunda que los estudiosos o investigadores del paradigma cuestionado se sienten afectados personal e individualmente. De ahí las respuestas altisonantes que genera la deconstrucción y los vituperios con los que se suele calificar su lectura.

V

La deconstrucción como propuesta o estrategia de lectura tiene muchas posibilidades para su desarrollo. En la actualidad es una de las escuelas críticas más dinámicas y su importancia para el estudio de los fenómenos literarios, sociales y culturales no se puede negar. Su influjo también se ha extendido a otros ámbitos y disciplinas científicas. Por ejemplo, propone una lectura de la realidad educativa que supone una gran revolución en el sistema pe-

pedagógico, pues pone en debate el propio saber educativo. Intentemos una primera reflexión al respecto.

¿Cómo contribuye la deconstrucción al trabajo docente? ¿Qué importancia tiene para la educación? ¿Es conveniente desarrollar la actitud crítica deconstructiva frente al conocimiento pedagógico institucional? Sin pretender agotar el tema y con ánimo de propiciar más reflexiones, en las siguientes líneas responderemos a estas preguntas en dos niveles: desde la perspectiva del profesor en general y desde la particular función que le compete al maestro de lengua y literatura.

En primer lugar, un conocimiento de la postura deconstructiva le permite al docente superar su visión tradicional sobre la educación al deconstruir las teorías de la educación dominante o hegemónica, las mismas que ofrecen una configuración ordenada y sistemática del hecho pedagógico. Recordemos que desde la visión crítica deconstructiva, el colegio es una institución de domesticación que busca controlar y dirigir metáforas sobre el conocimiento en lugar de proponer el desarrollo integral del individuo de cara a su mundo de vida. El verdadero maestro debe de estar en permanente oposición al logocentrismo y en actitud de apertura. Debe de dejar las funciones del burócrata o del instructor para convertirse en un explorador, en un curioso participante de la aventura del conocimiento. La deconstrucción constituye una invitación a una indagación crítica sobre su práctica educativa.

Ello le permite entender los procesos de enseñanza-aprendizaje como un sistema no-lineal. Es decir, la experiencia en el aula debe entenderse como un sistema inestable en donde diminutas influencias pueden actuar de modo que transforman todo el resultado. Dicha toma de conciencia implica reconocer que toda ordenación educativa o todo sistema pedagógico es fruto más del caos y el azar que de una verdad o ciencia absoluta. Por ejemplo, un error en los datos iniciales que se proporciona a los estudiantes puede terminar convirtiendo su trabajo en la función de un guardián de dogmas. Más importante es reconocer que no se conoce dicha información y proponer buscarla para compartirla con los alumnos. Así se puede superar en la práctica la reducción del papel del maestro a la de simple instructor, al mismo tiempo que logra reforzar en los estudiantes la vocación por la investigación.

Esto supone un segundo aspecto importantísimo que la deconstrucción permite vislumbrar en el campo de la educación: la humildad fundamental. Alimentada de la visión deconstruccionista esta actitud permite enfrentar la soberbia que muchos maestros manifiestan por su condición de docentes y la parcela de poder que ello puede significar. La educación en la modernidad está determinada por una tensión esencial: por un lado el ideal de servir para la liberación del individuo como ser humano y por el otro la necesidad de que el individuo sirva a la continuidad del dominio del ser humano.

La escuela como institución social se encuentra atrapada en esa contradicción; en la medida en que difunde conocimientos puede servir para ayudar a los seres humanos oprimidos y explotados, pero al mismo tiempo forma parte de las instituciones o aparatos que propician la continuidad de las estructuras de poder. El cientificismo como ideología que pretende que la ciencia es el único saber verdadero y que el docente es quien lo posee se evidencia como el mecanismo que permite legitimar la dominación cultural. La lectura deconstruccionista critica dicha hegemonía y al denunciar la naturaleza parcial, sesgada e intersubjetiva del conocimiento pone en cuestión su verdad absoluta, propiciando una postura de flexibilidad, diálogo y apertura frente a otros saberes, culturas y experiencias.

Sólo gracias a una conciencia de las limitaciones del conocimiento científico, de la importancia de la formación estética y ética, de la incapacidad del hombre para comunicar el resultado de su observación de manera fehaciente el docente puede asumir esa actitud de humildad fundamental que requiere para su labor formativa porque es sobre ella que se levanta la curiosidad trascendente, el interés crítico y la participación reflexiva indispensables para lograr que los estudiantes se involucren en la aventura del conocimiento.

Si el maestro no hace suyo ese espíritu de búsqueda de problemas en el saber, que está en la base de todo descubrimiento científico, menos podrá despertar en los alumnos interés por el conocimiento. En ese sentido, esta humildad fundamental es de naturaleza cognoscitiva y respetuosa de los esfuerzos anteriores, pero al mismo tiempo agresivamente insatisfecha frente a los resultados,

audaz ante los dilemas e intrépida frente a los nuevos problemas y preguntas en el conocimiento. No debe confundirse con la humildad política, que como parte de la ideología científicista, mediocres maestros exigen a colegas y estudiantes porque se sienten representantes exclusivos de la verdad, la ciencia y el poder en la ridícula parcela que les ha tocado administrar. Muchos de estos maestros son acérrimos enemigos de la deconstrucción porque no aceptan que el saber que se transmite en la escuela es un saber aproximado y en muchos casos equívoco.

Este punto nos lleva al tercer aspecto del aporte de la deconstrucción a la perspectiva del profesor en general: la concepción del trabajo en el aula. Para deconstruir la escuela es necesario reconocer que ésta no es un espacio real sino artificial, aislado de la vida y de los procesos cognitivos esenciales de los niños y jóvenes. Hay una escisión entre el saber que descubren y desarrollan cotidianamente en su experiencia vital y el saber que se les transmite en el aula. Agravada por las dificultades en su transmisión por la incapacidad del ser humano para codificar los fenómenos.

Enseñar cómo conocer como alternativa debe estar interrelacionado con la diferencia entre el conocer la realidad y el comunicar dicho conocimiento. Lamentablemente, la mayor parte de los colegas asumen un realismo ingenuo y siguen creyendo que lo que se transmite en la escuela es la verdad, la realidad, el saber genuino. Desdeñan dogmática y autoritariamente las vivencias de los estudiantes y pretenden hacer de las paredes del aula un templo donde ellos son los sumos sacerdotes.

El aporte de la deconstrucción en torno a la concepción del trabajo en el aula radica en que permite a los docentes descubrir el carácter narrativo de su labor y el papel de los signos como intermediarios en el conocimiento. Es decir, conocemos a través de experiencias personales o colectivas, sensoriales o racionales, pero sólo al tener la necesidad de compartir o participar dichas percepciones nos percatamos de la función clave de los signos y el lenguaje en el proceso: la distancia que existe entre el saber algo y el informar sobre ese algo. Asimismo, desnudamos en nuestro proceso cognoscitivo las huellas de los signos, la intermediación de las palabras en nuestro conocer. Aprender que estamos atrapados en la cárcel del lenguaje permite aceptar que la escuela es otra ins-

titución carcelaria en la que se impone cierta jerga terminológica sobre historias verosímiles.

Con lo antes señalado podemos ingresar a enumerar los aspectos específicos del aporte de la deconstrucción para el maestro de lengua y literatura. Empecemos por señalar que muchos maestros de la especialidad cuando se topan, cada vez más frecuentemente, con textos deconstructivos aprovechan para alertar contra los peligros de la teoría en la literatura. La incompreensión siempre ofrece una base para la censura infundada y la justificación política a favor de un retorno al pasado, sin importar si ello implica perennizar mayores errores y fortalecer la mediocridad.

Esta resistencia a la teoría se fortalece frente a las dificultades de los textos derridianos, pletóricos de intertextualidad y con constantes juegos retóricos a los que hemos aludido al inicio. Proclama un regreso a una lectura de la literariedad como un valor inefable o un significado referencial sostenido en la biografía individual y social que exige definiciones claras y conceptos precisos. Defiende una versión operativa de la teoría como un cuerpo de conceptos de al menos cierto alcance general, pero enraizado en la exégesis y la evaluación crítica de un sistema considerado verdadero.

Antes de comprender las ventajas y las virtudes de la deconstrucción para la tarea del profesor de lengua y literatura éste debe de actualizar su conocimiento sobre el fenómeno literario. Acceder al horizonte moderno de la teoría literaria que implica superar una visión romántica y esencialista de la literatura. Sólo cuando se ha entendido que con el advenimiento de la teoría literaria y la aparición de los estudios literarios como disciplina científico-humanista el objeto de debate ya no es el significado o el valor sino los modos de producción y recepción de dichos significados o valores, es posible cuestionar y criticar la función teórica. Toda lectura deconstructiva requiere de una previa dilucidación pragmática del éxito de un sistema ideológico para mantener implícito una determinada concepción a priori de lo literario.

El primer aspecto que hay que señalar de la contribución de la lectura deconstructiva para el trabajo del profesor de lengua y literatura es la posibilidad de superar su vocación por la receta y la fórmula fija de respuesta frente al fenómeno literario. La deconstrucción discute el uso literario porque cuestiona toda concepción

natural de la representación. Si con el nacimiento de la teoría se introduce una terminología lingüística en el metalenguaje sobre la literatura, que designa la referencia antes de designar al referente, ésta hace posible considerar la referencia como una función del lenguaje, no como una intuición, diferente de lo real. El lenguaje deviene un sistema de signos y de significación y no un repertorio o configuración de significados o contenidos independientes de su representación.

Lo literario al considerarse un uso del lenguaje social y culturalmente establecido permite la lectura deconstructiva que pretende suspender las barreras tradicionales entre los usos literarios y no-literarios, para liberar a la escritura del peso de una canonización textual. Con la deconstrucción no se pretende negar la función referencial del lenguaje en la literatura, es decir la lectura que la correlaciona con la realidad social o individual, lo que se cuestiona es su predominio como lectura o su autoridad como modelo exclusivo para la cognición fenomenal o natural. La literatura es ficción no porque se niegue a aceptar la "realidad", sino porque no es cierto a priori que las palabras funcionen según principios que son los del mundo fenoménico o que sean transparentes frente a él. No es cierta la jerarquía que impone que la literatura es una fuente de información fiable acerca de otra cosa que no sea su propio lenguaje.

La ideología cientificista del maestro de aula confunde la realidad lingüística con la natural, la referencia con el fenómeno. Esto lo lleva a aferrarse a una lectura como la lectura, que termina convertida en receta o fórmula impuesta a los alumnos. Sólo una perspectiva deconstructiva puede enfrentar ese reduccionismo pernicioso y autoritario, al abrir al docente de lengua y literatura el amplio espacio de la representación como un juego ficcional no restringido al campo exclusivo de lo estético. Reconocer el juego de escritura/lectura y de interpretación/representación implica aceptar que la literatura no es un mensaje transparente en el que se puede dar por hecho la distinción entre realidad y ficción, entre mensaje y medios para comunicarlo. Aceptar que la decodificación de un texto siempre deja un residuo, una huella, una diferencia, una indeterminación que no puede ser resuelta por medios gramaticales.

La gran dificultad que manifiestan los docentes de lengua y literatura para asumir una postura abierta y no sancionadora frente al texto nos permite precisar el segundo aspecto de la contribución de la perspectiva deconstructiva en este terreno. La deconstrucción como marco crítico permite la influencia sutil dentro del aula. Esto significa que la formación estético-literaria actúa contra la connivencia y el automatismo que impiden la manifestación del trabajo verbal en el colegio como un sistema abierto. La labor de enseñanza de la lengua y la literatura, bajo la ideología cientificista y la vocación instrumental, se ha convertido en un sistema de ciclo límite donde a los estudiantes se les aísla del flujo del mundo exterior de manera que gran parte de la energía interior de la clase está dedicada a resistirse al cambio para la perpetuación mecánica de los modelos de conducta que supuestamente son verdaderos y que deben orientar la experiencia docente.

El resultado de esto es que en la visión de los estudiantes no existe curso más anticreativo, rígido, inútil y aburrido que el de literatura. "¿Para qué sirve?", "son mera palabrería", "¿acaso voy a cambiar el mundo escribiendo?", estas sanciones son frecuentes pero como opiniones son menos importantes que las personas en sí que las intercambian. La influencia sutil es lo que cada uno de nosotros afirma con nuestro modo de ser, para bien o para mal. En su sentido negativo, como tolerancia o disimulo frente a las transgresiones contra las reglas que cometen los subordinados, mantiene cohesionados el trabajo de aula y hace del curso de literatura un espacio restrictivo. Pero, en su sentido positivo permite convertir dicha asignatura en una experiencia estética o sistema abierto renovador y vibrante donde la auténtica búsqueda del conocimiento está arraigada en una cierta clase de atención a la incertidumbre y a la duda.

La enseñanza de la literatura debe constituirse en un espacio para la libre exploración de los espíritus transgresores que ven más allá de los límites del sistema e intentan superar sus reglas. Un maestro comprometido con la dimensión estética de la educación puede enfrentar el automatismo y la falta de sinceridad de lo que nos rodea con una actitud deconstructiva. La deconstrucción no propicia o alienta la confrontación que quiere medir poder contra poder, fuerza contra fuerza, violencia contra violencia, sino que

compromete nuestra creatividad en las circunstancias del momento que hacen posible ejercer nuestra influencia sutil y contribuir a la creación de sistemas abiertos más humanos y libres. Si el aula de literatura no se puede convertir en un territorio auténticamente libre y creativo como la propia experiencia estético-literaria proclama, entonces ha perdido su autonomía. La deconstrucción como perspectiva crítica defiende atinadamente dicha autonomía y en ella radica su mayor contribución al trabajo docente.

Bibliografía

- AGUILAR ÁLVAREZ BAY, Tatiana. El lenguaje en el primer Heidegger, Méjico, FCE, 1998.
- ASENSI, Manuel. Teoría literaria y deconstrucción, Madrid, Arco, 1990.
- BELAVAL, Françoise. La filosofía en el siglo XX, 9na. ed., Méjico, Siglo XXI, 1998.
- BENNINGTON, Geoffrey. "Derridabase", en J.D. - y G.B. Jacques Derrida, Madrid, Cátedra, 1994.
- BLOOM, Harold. Poesía y creencia, Madrid, Cátedra, 1991.
- BRIGGS, John y David PEAT. Las siete leyes del caos, Barcelona, Grijalbo, 1999.
- CIPRIANI THORNE, Beatriz. "La ideología de género o la deconstrucción de la persona", La Capellanía Informa 67, Universidad de Piura, mayo, 1999.
- CIXOUS, Hélène. La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura, Barcelona, Anthropos, 1995.
- COLOM, Antoni J. La (de)construcción del conocimiento pedagógico. Nuevas perspectivas en teoría de la educación, Barcelona, Paidós, 2002.
- COLOMER, Eusebi. El pensamiento alemán de Kant a Heidegger, Barcelona, Herder, 1986.
- CORVEZ, Maurice. La filosofía de Heidegger, Méjico, FCE, 1970.
- CULLER, Jonathan. "La crítica postestructuralista", Criterios, 21/24, La Habana, 1987/88.
- _____. Sobre la deconstrucción, Madrid, Cátedra, 1984.
- DASTUR, Françoise. "Heidegger", en Yvon Belaval, La filosofía en el siglo XX, 9na. ed., Méjico, Siglo XXI, 1998.
- DE MAN, Paul. Ensayos críticos, Madrid, Visor, 1997.
- _____. La ideología estética, Madrid, Cátedra, 1998.
- _____. Alegorías de la lectura, Barcelona, Lumen, 1990.
- _____. La resistencia a la teoría, Madrid, Visor, 1990.
- DERRIDA, Jacques y Geoffrey BENNINGTON. Jacques Derrida, Madrid, Cátedra, 1994. (Incluye: "Circonfesión" por J. Derrida; y "Derridabase" por G. Bennington, 1991).

- DERRIDA, Jacques y Gianni VATTIMO. La religión, Bs. As., De la Flor, 1997.
- DERRIDA, Jacques. "La Différance", en Redacción de Tel Quel, Teoría de Conjunto, Barcelona, Seix Barral, 1971.
- _____. Aporías. Morir -esperarse (en) los "límites de la verdad", Barcelona, Paidós, 1998.
- _____. De la gramatología, Méjico, Siglo XXI, 1986.
- _____. El concepto de verdad en Lacan, Bs. As., Homo Sapiens, 1977.
- _____. El lenguaje y las instituciones filosóficas, Barcelona, Paidós, 1995.
- _____. El monolingüismo del otro o la prótesis de origen, Bs. As., Manantial, 1997.
- _____. Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional, Madrid, Trotta, 1995.
- _____. Historia de la mentira: Prolegómenos, Bs.As., Universidad de Bs.As., 1997.
- _____. La deconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora, Barcelona, Paidós, 1989.
- _____. La diseminación, Madrid, Fundamentos, 1975.
- _____. La escritura y la diferencia, Madrid, Anthropos, 1989.
- _____. La tarjeta postal. De Freud a Lacan y más allá, Méjico, Siglo XXI, 1989.
- _____. Márgenes de la Filosofía, Madrid, Cátedra, 1989.
- _____. Tiempo y presencia. Ousía y Grammé, Santiago, Univesitaria, 1971.
- DUQUE, Félix. "Tejido y resonancia. Hollando con Derrida el solar heideggeriano", en Anthropos revista de Documentación científica de la cultura, N.º 93, 1989, pp. 54-56.
- FERRARIS, Maurizio. "Notas sobre deconstrucción y método", en Anthropos Revista de Documentación científica de la cultura, N.º 93, 1989, pp. 37-39.
- FERRO, Roberto. Escritura y deconstrucción. Lectura (h)errada de Jacques Derrida, Bs. As., Biblos, 1995.
- FORRESTER, John. Seducciones del psicoanálisis: Freud, Lacan y Derrida, Méjico, FCE, 1995.
- GALINDO, Percy. "Subversión/Aceptación en el ambiguo discurso del poeta de la calle", en Dedo Crítico, N.º 3, Lima, 1996.
- GARCÍA BERRIO, Antonio. "Negatividad deconstructiva y alojamiento diferencial de la experiencia poética", en Ídem, Teoría de la literatura, Madrid, Cátedra, 1989.
- GARRIDO, Manuel. "Al margen de la filosofía", Prólogo a G. Bennington y J.Derrida, Jacques Derrida, Madrid, Cátedra, 1994.
- GODZICH, Wlad. Teoría literaria y crítica de la cultura, Madrid, Cátedra, 1998.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando. "La deconstrucción", en Ídem, La crítica literaria del siglo xx, Madrid, EDAF, 1996.

- HABERMAS, Jürgen. "Sobrepajamiento de la filosofía primera temporalizada: crítica de Derrida al fonocentrismo", en Ídem, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
- HARTMAN, Geoffrey H. *Lectura y creación*, Madrid, Tecnos, 1992.
- HEIDEGGER, Martín. *El ser y el tiempo*, Méjico, FCE, 1968.
- HUAMÁN ANDÍA, Bethsabé. "Artaud y su doble. Análisis deconstructivo de un texto de A. Artaud", en *Dedo Crítico*, N.º 3, Lima, 1996.
- HUAMÁN, Miguel Ángel. *Fronteras de la Escritura. Discurso y utopía en Churata*, Lima, Horizonte, 1994.
- _____. "Contra la 'Crítica del Susto' y la 'Tradición del ninguneo'", en *Alma Máter Revista de Investigación*, N.º 20, UNMSM, Lima, Abr. 2002, pp. 97-112.
- JOFRÉ, Manuel. "El deconstruccionismo de J. Hillis Miller", en Ídem, *Teoría literaria y semiótica*, Santiago, Universitaria, 1990.
- JOHNSON, Christopher. *Derrida. El estrato de la escritura*, Bogotá, Norma, 1998.
- KANT, Manuel. *Crítica de la razón práctica*, 3.ª Ed., Bs. As., Losada, 1973. Traducción de J. Rovira Armengol, edición al cuidado de Ansgar Klein.
- _____. *Crítica de la razón pura. Estética trascendental y analítica trascendental*, Bs. As., Losada, 1973. Traducción de José del Perojo, revisada por Ansgar Klein.
- _____. *Crítica del Juicio*, Madrid, Gredos, 1986.
- LENTRICCHIA, Franz. *Después de la "Nueva Crítica"*, Madrid, Visor, 1990.
- LÓPEZ, Héctor. *Psicoanálisis, un discurso en movimiento*, Bs.As., Biblos, 1994.
- LYOTARD, J.F. "Qué fue la postmodernidad", en *Quimera* 59, Madrid, 1986.
- MOI, Toril. *Teoría literaria feminista*, Madrid, Cátedra, 1988.
- MOREIRAS, Alberto. *Interpretación y diferencia*, Madrid, Visor, 1991.
- NORRIS, Christopher. *Derrida*, Harvard Univ. Press, 1987.
- _____. *Teoría acrítica. Posmodernismo, intelectuales y la Guerra del Golfo*, Madrid, Cátedra, 1997.
- PEÑALVER GÓMEZ, Patricio. "El deseo del idioma", en *Anthropos Revista de Documentación científica de la cultura*, N.º 93, 1989, pp. 31-36.
- PERETTI DELLA ROCCA, Cristina. *Jacques Derrida: texto y deconstrucción*, Madrid, Anthropos, 1989.
- PERETTI PEÑARANDA, Cristina de. "Las barricadas de la deconstrucción", en *Anthropos Revista de Documentación científica de la cultura*, N.º 93, 1989, pp. 40-43.
- POZUELO YVANCOS, José María. "La deconstrucción", en Ídem, *La teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra, 1989.
- PRIGOGINE, Ilya. *Las leyes del caos*, Barcelona, Crítica, 1997.
- RORTY, Richard. "¿Es Derrida un filósofo trascendental?", en Ídem, *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- RORTY, Richard. "De la teoría ironista a las alusiones privadas: Derrida", en Ídem, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1991.

- _____. "De Man y la izquierda cultural norteamericana", en Ídem, Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos, Barcelona, Paidós, 1993.
- _____. "Desconstrucción y circunvención", en Ídem, Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos, Barcelona, Paidós, 1993.
- _____. "Dos significados de Logocentrismo: respuesta a Norris", en Ídem, Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos, Barcelona, Paidós, 1993.
- _____. "La filosofía en cuanto género de escritura: ensayo sobre Derrida", en Ídem, Consecuencias del pragmatismo, Madrid, Tecnos, 1996.
- RUSSO DELGADO, José. El hombre y la pregunta por el ser, Lima, UNMSM, 1963.
- SELLARS, Wilfrid. El empirismo y la filosofía de lo mental, Madrid, Tecnos, 1956.
- _____. Ciencia, Percepción y Realidad, Madrid, Tecnos, 1971.
- SOKAL, Alan y Jean BRICMONT. Imposturas intelectuales, Barcelona, Paidós, 1999.
- TEODORI, Julio. "Análisis deconstructivo sobre 'La obra y la palabra errante'", en Dedo Crítico, N.º 3, Lima, 1996.
- TRAYNOR, Teresa. "La desconstrucción en las fronteras del psicoanálisis", en Héctor López, Psicoanálisis, un discurso en movimiento, Bs.As., Biblos, 1994.
- VILLORO, Luis. Estudios sobre Husserl, Méjico, UNAM, 1975.
- VIOLI, Patrizia. "Diferencia y diferencias: la experiencia de lo individual en el discurso y en la práctica de las mujeres", en Revista de Occidente, 191, Madrid, 1997.
- WATZLAWICK, Paul y Peter KRIEG (Comp.). El ojo del observador, Barcelona, Gedisa, 1995.
- WOOLGAR, Steve. Ciencia: abriendo la caja negra, Barcelona, Anthropos, 1991.